

# Volver hoy a san Ignacio

Deyvi Astudillo, S.J.<sup>1</sup>

31 de Julio, 2021



Los ignacianos e ignacianas celebramos en el mundo entero los 500 años de la herida de san Ignacio de Loyola en Pamplona, y con ello del comienzo de su conversión espiritual. Sin embargo, las razones para volver a Ignacio no se agotan en una conmemoración histórica. Creemos que su vida y espiritualidad son una fuente preciosa de inspiración para todos los que queremos vivir con profundidad nuestra vocación cristiana. Hay en Ignacio una pedagogía espiritual que permanece vigente en nuestros tiempos.

En realidad, existen grandes similitudes entre la época de Ignacio y nuestro presente. Aunque a otra velocidad, también el tiempo de Ignacio estuvo marcado por el progreso científico, por el encuentro de culturas, por una mayor democratización de la comunicación, por cambios en los sistemas políticos, por rupturas religiosas y por las crisis sanitarias que causaba la peste. En este sentido, creo que la actitud con que Ignacio enfrentó su presente echa luz sobre nosotros y nuestra búsqueda de la mejor forma de encarar el tiempo tan movido y desafiante que nos ha tocado vivir.

Pero ¿qué caracteriza a esta actitud? Diría que ciertos rasgos espirituales y sobre todo un “modo de proceder” muy propio de Ignacio. Comencemos por lo primero.

---

<sup>1</sup> Delegado de Vocaciones y Formación de la Provincia de Perú.

Ignacio era ante todo un **buscador de Dios**. Es decir, nunca se creyó poseedor de un conocimiento definitivo sobre Dios, ni creyó que su relación con Él había llegado ya a un estado final. Por el contrario, hasta sus últimos días siguió buscando la novedad de Dios con toda humildad, aun sabiendo de la facilidad que había logrado para encontrarle. Y por esto mismo, Ignacio fue siempre un **hombre en camino**, en términos materiales, pero sobre todo en términos espirituales. De allí que en su Autobiografía se autodenominara “el peregrino”, porque desde su convalecencia en Loyola supo que a Dios se le encontraba abriéndose al futuro y porque comprendió que el seguimiento de Cristo exigía de él una desinstalación permanente.

Dice Jerónimo Nadal SJ, uno de los colaboradores de Ignacio, que él era además un **seguidor del Espíritu**. Es decir, era alguien que no se adelantaba a Dios, sino que lo escuchaba y procedía según lo que Él pudiera comunicarle, con el “corazón confiadamente puesto en Cristo”. Pero Ignacio era también un **hombre encarnado**, alguien capaz de reconocer a Dios tanto en las profundidades de su propia humanidad, en sus heridas y deseos profundos, como en la vida sencilla de los seres humanos que vivían distantes del poder y la gloria. Es en este sentido que Javier Melloni SJ habla del descenso de Ignacio a las periferias de su tiempo. Él, que había nacido cerca del centro del poder, comprendió luego de su conversión que Dios habitaba más cerca de los pobres y marginados, y por ello se sitúa cerca de ellos, haciéndose sensible a sus necesidades y procurando aliviar su dolor hasta con lo que él mismo necesitaba para vivir. Y cuando tiene que volver al “centro”, a Roma, para gobernar la Compañía, no deja de llevar consigo la memoria de los pobres y el valor evangelizador de la pobreza, introduciendo, como dice Melloni, la “periferia” en el mismo centro de sus decisiones como gobernante.

Por otro lado, hay que decir que Ignacio fue un **hombre orientado a una misión**. Esto significa que su encuentro con Dios siempre le dejaba una tarea, una misión que llevar adelante, y que no concebía para sí una vida que no estuviera al servicio de la misión de Cristo en el mundo. Y hay que decir también, yendo contra un cierto prejuicio que lo presenta como alguien solitario, que Ignacio fue un **hombre en comunidad**, es decir, que

siempre buscó compañía, que fue capaz de establecer amistades profundas y que como gobernante favoreció una forma de liderazgo basado en el trato personal y la comunicación constante.

Ahora bien, ¿en qué consistía el modo de decidir y actuar de Ignacio, es decir, su modo de proceder?

Creo que lo primero que caracteriza al proceder de Ignacio es la **claridad sobre la finalidad de sus actos**. Él mismo plantea en sus Ejercicios Espirituales que el ser humano tiene una finalidad en la vida, “alabar, hacer reverencia y servir a Dios”, y que por tanto todo lo demás debe decidirse en función de este fin. Ignacio, en medio de todos los azares de la vida, sabía bien a dónde quería llegar, distinguía bien lo fundamental de lo accesorio. Y como pura consecuencia de esto, podemos afirmar también que poseía una gran **libertad ante los medios**, incluso ante la existencia de la misma Compañía, en cuanto no se trataba de un absoluto, sino de un medio entre otros para el servicio de Dios.

Por otro lado, el accionar de Ignacio nacía de lo que hoy conocemos como la oración ignaciana, es decir de un ejercicio de oración caracterizado por el **silencio y la escucha**, más que por alguna forma de monólogo orante. Y era en ese silencio que él podía distinguir lo que Dios le revelaba como su voluntad. Solo que, para afinar esa escucha, Ignacio recurría a un constante **examen de sus “mociones”**, es decir, a una fina revisión de los sentimientos espirituales que la oración había despertado en él, para allí captar mejor el camino que Dios podía estarle señalando. El camino a seguir o la decisión a tomar debían, sin embargo, ser confirmados por Dios, y por ello Ignacio era escrupuloso en esperar a que Dios le confirmara en la oración aquello ya había intuido. No se trataba, pues, de hacer solo un ejercicio de cálculo, se trataba de escuchar a alguien que siempre es capaz de sorprender y rebasar toda expectativa humana.

Finalmente, el modo de proceder de san Ignacio se caracterizaba por una gran libertad a la hora de **tomar decisiones**. Si el trabajo de escucha había sido amplio y constante, debía conducir a una decisión madura, y por ello Ignacio sabía ser resolutivo a la hora de tomar

decisiones. En definitiva, tenía la convicción de que, aun cuando al decidir siempre queda un margen de incertidumbre, su **confianza** no estaba puesta en él mismo, sino en la gracia de Dios, en la capacidad de transformación que tiene la presencia de Dios en la vida de las personas.

Estas características del modo de proceder de Ignacio bien pueden ser sintetizadas bajo la palabra **discernimiento**; de hecho, es quizá la palabra que con mayor frecuencia invocamos los ignacianos e ignacianas al hablar de nuestra espiritualidad. El discernimiento es el concepto que mejor describe el modo cómo Ignacio encaró la vida, es decir, el modo como leyó su pasado, se encarnó en el presente y se lanzó al futuro.

Los rasgos espirituales antes esbozados y este modo de proceder que es el discernimiento permitieron a Ignacio abrirse un camino fecundo en la Iglesia y en la compleja sociedad europea del S. XIV. Nosotros, como está dicho, vivimos en una sociedad con transformaciones similares, sin por ello desconocer que hay fenómenos propios de nuestro tiempo, como el aprecio por la diversidad o, por otro lado, la incertidumbre respecto del futuro. No obstante, ante todo desafío siempre hay intereses que medir y decisiones que adoptar, y creo que en esa tarea profundamente humana la experiencia de Ignacio sigue siendo una compañía preciosa. Corresponde a cada uno de nosotros encontrar nuestro propio futuro, pero la búsqueda es más prometedora si vamos de la mano de un pedagogo espiritual como lo fue Ignacio.

